

EL NARRADOR

Importancia de la oralidad

En el proceso de la educación de la palabra simbólica en la niñez, la narración es el primer referente bíblico. Se ha de conocer bien el texto bíblico, utilizando un lenguaje adaptado a la edad del niño, sin eliminar con ello los elementos enigmáticos (*los códigos simbólicos*), ni por supuesto añadiendo las claves para su interpretación. Cuando la narración se hace de una manera vivencial (no leída) el niño crea un escenario mental imaginario. La adquisición del relato como una historia anecdótica (o cuento) es necesaria para llegar a la apropiación del relato, precisamente a partir de las imágenes verbales. Lo importante en ese primer momento es huir de las imágenes preestablecidas; lo mejor en este caso es dejar que el propio niño construya su escenario mental con las imágenes que le sugieran el relato bíblico. Eso es una operación de memoria. El niño necesita apropiarse el relato para construir después una historia (su historia).

El narrador, en función del auditorio, ha de poner el acento, su tono personal, según el nivel de la palabra que se pretenda. El olvido forma parte también de la construcción de la memoria. Pero este olvido es activo. El olvido permite un nuevo encuentro con el texto (como un nuevo descubrimiento). El niño deforma y olvida el texto adaptándolo a su comprensión. Cuando no puede reducir el texto a una imagen hace una abstracción. El niño entonces interpreta el relato según su imaginación. Por tanto siempre existirá una desviación entre la escena contada por el niño y el texto bíblico. Esto, en sí, es un hecho pedagógico importante.

La fase anecdótica

La fase anecdótica es fundamental y necesaria. Es preciso que el niño se enganche a la letra del texto desde el primer momento. Es lo que llamamos **impregnación**. Poco a poco irá captando el sentido del texto y si irá desenganchando poco a poco, e irá captando el sentido del texto, dentro de una actitud de búsqueda. Pero para eso hace falta 'tomarse tiempo'.

El escenario mental creado por el propio niño de por sí ya es un primer objetivo pedagógico. Poco a poco, el niño irá corrigiendo sus propios errores, sea a través del trabajo y el diálogo con sus propios compañeros, sea a través de nuevas sugerencias que le sugiera el animador. El narrador ha de narrar el relato bíblico no como un cuento del pasado, ni como una ilustración moralizadora, sino que ha de dar y sugerir imágenes a fin de que éstas sean puntos de referencia para una meditación posterior.

Los medios audiovisuales

Se ha de evitar transformar el *montaje* en un *reportaje*. La validez de la expresión audiovisual en principio es buena mientras refuerce el impacto o suscite la imagen verbal. Esto es muy útil sobretodo cuando el niño tiene una imagen mal fijada o errónea. La mejor manera de combatir una imagen es otra imagen. Los medios audiovisuales (TV, vídeo, cine, póster, diapositivas...) pueden reforzar, pero nunca sustituir la imagen verbal. El escenario mental creado por el mundo imaginario infantil ha de ser personal e insustituible.

El mejor camino es el de la **implicación**, mejor que el de la **explicación**; mas en la línea de la *provocación* y de la *ruptura* que no en la línea de dar todos los contenidos de la programación. Lo mejor es ofrecer dos tipos de imágenes visuales, o dos elementos de referencia no idénticos (por ejemplo: dos dibujos, o dos imágenes) con diversos significados simbólicos sobre el mismo acontecimiento.

Por tanto, la primera fase del aprendizaje del lenguaje simbólico es la narración bíblica. Hay que dar *tiempo* al niño para que pueda familiarizarse con el relato. Hay que ofrecerle imágenes que pueda retener (y olvidar) en su memoria; y hay que darle *tiempo* para que pueda construir su propio escenario imaginativo y llegar a la impregnación a través de la creación y la expresión